

Pues a veces, por la noche, cuando estoy solo en la iglesia, me parece que la oigo excavar, paciente y concentradamente, desplazando una pequeña piedra tras otra; avanza lentísimo pero, aun así, avanza.

Puede esperar.

Al fin y al cabo dispone de toda la eternidad.

El rey de los elfos

¿Cómo debo empezar este relato? Érase una vez, quizá; pero no, no es exacto. Así quedaría como un relato muy lejano en el tiempo y el espacio, y no es uno de esos relatos.

No es uno de esos relatos ni mucho menos.

Mejor, pues, iniciar la narración tal como la recuerdo. A fin de cuentas, este relato es mi propia historia: mía es la experiencia, mía la obligación de contarla. Ahora ya tengo cierta edad, pero no soy tonto. Por la noche todavía atranco las puertas y echo los pestillos de las ventanas. Todavía miro entre las sombras antes de dormirme y dejo a los perros campar libremente por la casa, ya que ellos lo olerán si vuelve, y yo estaré preparado para recibirlo. Las paredes son de piedra, y mantenemos las antorchas encendidas. Siempre hay cuchillos a mano, pero lo que él más teme es el fuego.

No se llevará a nadie de mi casa. No raptará a ningún niño bajo mi techo.

Mi padre no era un hombre tan cauto. Conocía las leyendas de antaño, porque él mismo me las contó cuando yo era niño: cuentos del Hombre de Arena, que arranca los ojos a los niños pequeños si no se duermen; y de Baba Yagá, la bruja demonio que viaja en un carruaje de huesos viejos con las manos apoyadas en cráneos de niños; y de Escila, el monstruo marino que arrastra a los hombres a las profundidades y posee un apetito insaciable.

Pero nunca habló del rey de los elfos. Lo único que decía mi padre era que no debía aventurarme a entrar en el bosque solo, y que nunca debía quedarme allí fuera después del ano-

checer. Allí fuera había cosas, decía: lobos, y seres peores que los lobos.

Está el mito y está la realidad: lo uno lo contamos, lo otro lo escondemos. Creamos monstruos y confiamos en que las lecciones implícitas que hay en sus relatos nos guíen cuando nos tropecemos con lo más horrible de la vida. Atribuimos nombres falsos a nuestros miedos y rezamos para no enfrentarnos a nada peor de lo que nosotros mismos hemos creado.

Mentimos para proteger a nuestros hijos, y al mentir los exponemos al mayor de los males.

Nuestra familia vivía en una casa pequeña, casi en el linde del bosque situado al norte de nuestra aldea. De noche, la luna teñía los árboles de plata, y entonces la tenebrosa espesura se transformaba en una sucesión de chapiteles argénteos que se extendía como una convergencia de iglesias hasta perderse de vista. Más allá había montañas, y grandes ciudades, y lagos como mares, tan inmensos que un hombre de pie en una orilla era incapaz de ver tierra en el lado opuesto. En mi imaginación infantil me representaba a mí mismo atravesando la barrera del bosque y accediendo a ese gran reino que me ocultaba. En otras ocasiones veía en los árboles la promesa de un espacio donde cobijarme del mundo adulto, un capullo de madera y follaje donde esconderme, pues tal es la atracción que ejercen en un niño los lugares oscuros.

Me sentaba ante la ventana de mi habitación ya bien entrada la noche y escuchaba los sonidos del bosque. Aprendí a diferenciar el ululato de los búhos, el aleteo de los murciélagos, el correteo aterrorizado de criaturas pequeñas que procuraban comer sin ser devoradas a su vez. Todos estos elementos me resultaban familiares y me arrullaban hasta que me vencía el sueño. Ése era mi mundo, y durante un tiempo no existió en él nada desconocido para mí.

Pero recuerdo que, una noche, se impuso un profundo silencio y dio la impresión de que todo lo que vivía en esa oscuridad contenía la respiración por un momento. Mientras escuchaba per-

cibí una presencia que deambulaba por la conciencia del bosque, buscando, cazando. Un lobo lanzó un aullido trémulo, y detecté miedo en su voz. Al cabo de un instante el aullido se convirtió en gemido, cada vez más agudo, hasta semejarse a un grito, y por fin se interrumpió súbitamente para siempre.

Y el viento agitó las cortinas, como si de pronto el bosque volviera a respirar.

Daba la sensación de que vivíamos en el límite mismo de la civilización, siempre conscientes de que más allá de nosotros se hallaba el espacio agreste del bosque. Cuando jugábamos en el patio del colegio, nuestros gritos flotaban en el aire por un momento y enseguida parecía absorberlos algo al otro lado de la hilera de árboles, de tal forma que nuestras voces infantiles se perdían entre la espesura hasta quedar reducidas a la nada. Pero al otro lado de esa hilera de árboles aguardaba una criatura, que arrancaba nuestras voces del aire como quien coge una manzana de un árbol y nos devoraba en su imaginación.

Una ligera capa de nieve, la primera precipitación del invierno, cubría la tierra cuando la vi por primera vez. Jugábamos en un campo contiguo a la iglesia, persiguiendo un balón rojo de cuero que contrastaba con la blancura del suelo como una mancha de sangre. Se levantó una ráfaga de viento allí donde antes no había soplado el viento. Arrastró el balón, y éste se detuvo por fin entre unos alisos jóvenes ya dentro del bosque, a cierta distancia. Sin pararme a pensar, lo seguí.

En cuanto dejé atrás el primero de los grandes abetos, el aire en torno a mí se enfrió y dejé de oír las voces de mis compañeros. Oscuras excrecencias de hongos pendían de los troncos de los árboles en su lado umbrío, cerca del suelo. Vi un pájaro muerto al pie de una de esas colonias de hongos, su cuerpo desmadejado, cubierto por el cuajaron amarillo que formaban los fluidos rezumados por las setas, ya helados. Tenía sangre en el pico y los ojos muy cerrados, como si se hubiese abstraído para siempre en el recuerdo de su dolor postrero.

Me adentré más en el bosque y fui dejando atrás un rastro

de pisadas como una fila invisible de almas en pena. Aparté las ramas de unos alisos y alargué el brazo para alcanzar el balón, y en ese preciso momento el viento me habló. Dijo:

*Niño. Ven a mí, niño.*

Miré alrededor, pero no había nadie.

Volví a oír la voz, esta vez más cerca, y entre las sombras, ante mí, vi moverse una silueta. Al principio pensé que se trataba de la rama de un árbol, por lo delgada y oscura que era, toda ella envuelta en gris como si las arañas hubieran tejido una densa madeja alrededor. Pero se alargó hacia mí y, juntando las ramitas que eran sus dedos, me indicó por señas que me acercara. De ella emanaron unas ondas de extraño deseo que me envolvieron como la marea de un mar contaminado, dejándome manchado y sucio.

*Niño. Niño hermoso. Niño delicado. Ven, niño, abrázame.*

Cogí el balón y retrocedí, pero tropecé con una raíz retorcida oculta bajo la nieve. Caí a plomo de espaldas y una sutil hebra me rozó la cara: era el hilo vaporoso de una telaraña, resistente y pegajoso, que se adhirió a mi pelo y pareció enrollarse en torno a mis dedos cuando intenté apartarlo. A continuación cayó sobre mí un segundo hilo, y un tercero, ahora más pesados, como los filamentos de una red de pesca. Una tenue luz traspasó los árboles y quedaron a la vista millares de hebras suspendidas en el aire. Desde las sombras donde aguardaba aquel ser gris flotaban cada vez más hilos, de tal modo que la silueta parecía estar desintegrándose, mudando la piel sobre mí. Forcejeé y abrí la boca para gritar, pero las hebras caían ahora más densamente y descendían sobre mi lengua y se enmarañaban alrededor, impidiéndome hablar. El ser avanzó, precedido por la telaraña plateada, y tuve la sensación de que, cuando me movía, la red se tensaba sobre mí.

Con todas mis fuerzas empujé contra el suelo y sentí que las hebras quedaban prendidas en las raíces, se rompían y me liberaban. Las ramas me arañaron la cara y la nieve se me metió en las botas cuando me precipité a través de la hilera de árboles, con el balón aún en las manos.

Mientras me alejaba, volví a oír la voz:

*Niño. Niño hermoso.*

Y supe que me deseaba, y que no descansaría hasta saborearme con sus labios.

Esa noche no pude dormir. Recordaba la telaraña y la voz surgida de la oscuridad del bosque, y mis ojos se negaban a cerrarse. Di vueltas y más vueltas en la cama, pero no encontré descanso. Pese al frío exterior, en la habitación hacía un calor insoportable y me vi obligado a apartar la sábana de una patada y quedarme desnudo allí tendido.

Con todo, debí de adormecerme, porque de pronto tuve la impresión de que algo me inducía a abrir los ojos, y descubrí que la luz en la habitación era distinta. Había sombras en rincones donde no tenía por qué haberlas. Se desplazaban y retorcían, pero fuera los árboles permanecían quietos, y las cortinas colgaban inmóviles en las ventanas.

Y entonces la oí: una voz baja y suave, como un susurro de hojas muertas.

*Niño.*

Me incorporé de inmediato y tendí las manos hacia la sábana para cubrirme, pero la sábana había desaparecido. Miré alrededor y la vi tirada junto a la ventana. Ni siquiera en mis momentos de mayor agitación podía haberla mandado tan lejos de la cama.

*Niño. Ven a mí, niño.*

En ese rincón parecía flotar una presencia. Al principio era casi informe, como una manta vieja que ha empezado a pudrirse, e hilos de telaraña formaban una filigrana sobre ella. El claro de luna iluminaba los pliegues de piel desvaída y arrugada que pendían de sus brazos descarnados como corteza vieja. Tallos de hiedra trepaban por sus extremidades y envolvían sus flacos dedos, que me hacían señas desde las sombras para que me acercara. Donde acaso estuviera el rostro sólo había hojas muertas y oscuridad, salvo en la boca, donde resplandecían unos dientes blancos y menudos.

*Ven a mí, niño, repitió. Déjame que te abrace.*

—No —dije. Encogí las piernas procurando ocupar el mínimo espacio, mostrarle la menor porción de cuerpo posible—. No. Vete.

En las puntas de sus dedos relucía una forma oval. Era un espejo, y en el marco minuciosamente ornamentado se perseguían entre sí figuras semejantes a dragones.

*Mira, niño: un regalo para ti si me dejas estrecharte entre mis brazos.*

El anverso del espejo estaba orientado hacia mí y, por un instante, vi mi propia cara reflejada en su superficie. Durante ese único momento fugaz, yo no aparecía solo en los brillantes confines del espejo. Otros rostros se apiñaban alrededor del mío, rostros minúsculos, decenas, centenares, millares, toda una legión de seres perdidos. Pequeños puños golpeaban el cristal, como si albergaran la esperanza de romperlo para acceder al otro lado. Y entre ellos vi mi propia cara, con los ojos desorbitados por el terror, y supe que era así como podía acabar.

—Déjame en paz, por favor.

Procuraba contener el llanto, pero me ardían las mejillas y se me empañó la vista. El ser emitió un sonido sibilante y por primera vez tomé conciencia del olor, un hedor espeso, arcilloso, de hojas descompuestas y agua estancada y fétida. Un tufillo más tenue y menos pestilente entraba y salía de mi percepción, zigzagueando entre los efluvios de la podredumbre como una serpiente entre la maleza.

Era el aroma del aliso.

La mano descarnada volvió a llamarme, y en esa ocasión un títere danzó bajo las puntas de sus dedos: un recién nacido, meticulosamente tallado, tan natural que semejaba una persona diminuta, un homúnculo, y su silueta se recortaba contra la luz de la luna. Se agitaba y bailaba a la par que se movían los dedos, y sin embargo yo no veía los hilos que controlaban sus miembros, como tampoco distinguí, cuando miré con mayor atención, articulaciones ni en los codos ni en las piernas. La criatura, alargando el brazo, acercó el títere a mí, y cuando vi con claridad las verdaderas dimensiones de la marioneta, dejé escapar un breve gemido de miedo.

Porque no era un juguete, no en el sentido habitual de la palabra. Era un bebé humano, minúsculo y perfectamente formado, con los ojos muy abiertos, sin el menor parpadeo, y el cabello oscuro y alborotado. Aquel ser lo tenía agarrado por el cráneo, y el niño respondía a la presión que aplicaba en él moviendo brazos y piernas en señal de protesta. Tenía la boca abierta, pero no producía sonido alguno, ni sus ojos derramaban lágrimas. Estaba muerto, aparentemente, y sin embargo de algún modo vivía.

*Un juguete hermoso, dijo aquel ser de sombras, para un niño hermoso.*

En ese momento intenté gritar, pero era como si unos dedos me hubiesen atrapado e inmovilizado la lengua. Percibí el sabor de la criatura en la boca, y por primera vez en la vida supe qué se sentía al morir, porque el regusto de la muerte impregnaba su piel.

La mano ejecutó un rápido movimiento, y el pequeño desapareció.

*¿Me conoces, niño?*

Negué con la cabeza. A lo mejor era un sueño, pensé. Sólo en sueños uno no podía gritar. Sólo en sueños una sábana abandonaba de un salto la cama por propia iniciativa.

Sólo en sueños un ser que olía a hojas y agua estancada podía sostener un niño muerto ante ti y hacerlo danzar.

*Soy el rey de los elfos. Siempre lo he sido y siempre lo seré. Soy el rey de los elfos y me apropio de todo cuanto deseo. ¿Vas a negarme este deseo? Ven conmigo y te colmaré de tesoros y juguetes. Te colmaré de dulces y te llamaré «amado mío» hasta el día de tu muerte.*

Allí donde debería haber tenido los ojos alzaron el vuelo dos mariposas negras, como dos deudos diminutos en un velatorio. Entonces el rey de los elfos abrió la boca de par en par, alargó hacia mí sus dedos nudosos y, abrumado por el deseo, se le quebró la voz. Avanzó, y lo vi en todo su horrendo esplendor. Una capa de piel humana, casi talar, pendía de sus hombros y la orla no era de armiño, sino de cueros cabelludos, de pelo rubio, pelo castaño y pelo rojo, entretejidos como los colores de los árboles en otoño. Bajo la capa llevaba un peto de plata, labrado con

intrincados detalles de cuerpos desnudos entrelazados, tantos que era imposible saber dónde empezaba un individuo y dónde acababa otro. Una corona de huesos ceñía su cabeza, cuyas púas eran restos de dedos infantiles sujetos con hilo de oro, flexionados hacia dentro como si me hicieran señas para que me sumara a ellos. Aun así, no veía cara alguna bajo la corona. Lo único visible era aquella boca oscura de dientes blancos: apetito hecho carne.

Con toda mi fuerza de voluntad salté de la cama y me abalancé hacia la puerta. A mis espaldas oí el susurro de las hojas y el roce de las ramas. Giré el picaporte de la puerta pero, a causa del sudor, se me resbaló en la palma de la mano. Probé una vez, luego otra. El hedor de la vegetación putrefacta llegaba con creciente intensidad a mis fosas nasales. Dejé escapar otro breve gemido de pánico y, cuando las ramas me arañaban ya la espalda desnuda, el picaporte giró de pronto y me hallé en el pasillo.

Me zafé y, contorsionándome, cerré la puerta de un tirón.

En ese momento debería haber acudido a mi padre, pero, movido por algún instinto, me acerqué a la chimenea, donde ardían las últimas brasas titilantes. Agarré una astilla grande de la pila de leña, enrollé un trapo alrededor y lo empapé en el aceite del candil. La acerqué al fuego y observé cómo las llamas brincaban ante mí. Cogí la alfombra que había ante la chimenea y me envolví con ella. Luego, acompañado por el sonido casi inaudible de mis pies descalzos en las losas frías, regresé a mi habitación. Agucé el oído antes de accionar el picaporte y abrí la puerta lentamente.

La habitación estaba vacía. Ahora las sombras se movían sólo por efecto de la llama. Avancé hasta el rincón donde antes se hallaba el rey de los elfos, pero ya sólo quedaban telarañas y caparzones vacíos de insectos muertos. Me detuve ante la ventana, pero en el bosque reinaba el silencio. Tiré de la ventana para cerrarla pero, al extender el brazo, percibí un dolor en la espalda. Me llevé la mano atrás y, al mirarme los dedos, vi que los

tenía manchados de sangre. En la pequeña esquirla de espejo que colgaba sobre la palangana y el aguamanil advertí en mi espalda cuatro largos cortes horizontales.

Creí haber gritado, sólo que de mis labios no había salido el menor sonido. El grito procedía en realidad de la habitación donde dormían mis padres, y me dirigí hacia la voz.

En el resplandor del chisporroteo de la tea vi a mi padre ante la ventana abierta y a mi madre de rodillas junto a la cuna volcada donde dormía mi hermano menor, arrebujado entre las mantas. Ahora no había allí ningún niño dormido, las mantas estaban tiradas por el suelo, y en el aire se percibía un olor espeso, arcilloso, como de hojas descompuestas y agua estancada.

Mi madre jamás se recuperó. Lloró y lloró, hasta que al final ya no pudo llorar más; entonces entregó su cuerpo y su alma a la noche eterna. Mi padre envejeció y se sumió en el silencio. La tristeza flotaba en torno a él como una bruma. No fui capaz de confesarle que me había resistido al rey de los elfos y que se había llevado a otro en mi lugar. Cargué con la culpa en mi conciencia y juré que nunca más le permitiría llevarse a otro ser humano bajo mi protección.

Ahora echo los pestillos de las ventanas y atranco las puertas y dejo a los perros campar libremente por la casa. Las habitaciones de mis hijos nunca están cerradas, para permitirme acceder a ellas sin pérdida de tiempo de día o de noche. Y les advierto que si oyen un golpeteo de ramas en los cristales, deben avisarme, sin abrir jamás ellos mismos las ventanas. Y si ven un objeto lustroso y brillante suspendido de la rama de un árbol, nunca deben intentar cogerlo; han de seguir su camino, sin apartarse nunca de él. Y si oyen una voz que les ofrece dulces a cambio de la promesa de un abrazo, deben correr y correr y no volver nunca la vista atrás.

Y a la luz de la lumbre les cuento relatos del Hombre de Arena, que arranca los ojos a los niños pequeños si no se duermen; y de Baba Yagá, la bruja demonio que viaja en un carruaje de huesos viejos con las manos apoyadas en cráneos de niños;

y de Escila, el monstruo marino que arrastra a los hombres a las profundidades y posee un apetito insaciable.

Y les hablo del rey de los elfos con sus brazos de corteza de árbol y hiedra, y de su voz suave, susurrante, y sus dotes para atrapar a los incautos, y de sus apetitos, mucho peores que cualquier otra cosa que imaginarse puedan. Les hablo de sus deseos, para que lo conozcan en todas sus formas y estén preparados para cuando llegue.